

ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico, Literario y de Noticias.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN ESCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

Estudios filosófico-literarios acerca del suicidio.

II.

(CONTINUACION.)

SENTIMIENTOS DEL SUICIDIO EN EL TEATRO MODERNO.—
EL HAMLET.—JULIETA Y ROMEO.—PAMELA.

El Hemon de Sófocles se mata sobre el sepulcro de Antigone, como Romeo sobre el de Julieta; pero el poeta griego oculta esta escena de amor y muerte, pues estas lúgubres bóvedas repugnan á las ideas que del amor y del himeneo se forma el arte griego. Aquí, al revés, parece que su horror acrecienta el ardor de Romeo, que aumenta su pasión, su amor y su entusiasmo; y no seguramente porque aquella es la vez última que Romeo ve á su amada y contempla su belleza; sino porque el arte inglés hace que estas fúnebres mansiones convengan mejor á la imaginación del personaje hijo del genio de Shakspeare. Oigámosle como habla sin terror y aun sin disgusto ¿de qué? nada menos que de los gusanos que van dentro de poco á comerse aquel cuerpo tan hermoso y perfecto. «Aquí es, dice, donde yo quiero habitar con los gusanos que son ahora tu compañía.» Véase aquí el extraño modo de contemplar á un ser adorado y adorador como nunca. Si, como nunca; pues cuando Romeo en otro tiempo se separaba de su amada á la primera luz de la aurora y los primeros cantos de la alondra, cuando la luz del crepúsculo matutino alumbraba aquellas tiernas despedidas, Romeo no decía esas palabras que ahora dice bajo las bóvedas sepulcrales; y la naturaleza que se alza

de su sueño ataviada y risueña después de una noche de amor, hablaba menos á su corazón que el aspecto de una sepultura. «¡O amada mía! ¡esposa mía! la muerte que ha secado la ambrosía de tus labios, no ha sido parte á matar tu hermosura, puesto que la veo brillar aun en tus labios de púrpura. tus mejillas de rosa y en todas tus facciones. La muerte no pudo acabar con tu belleza!» Julia viva nunca oyó tan amorosas palabras como estas que ahora la dirigen suponiéndola muerta! Singular imaginación que se inspira é inflama por la idea de la muerte! Extraña y nueva poesía que nada debe á la Grecia, pero que á la vez se resiente de la inspiración del clima y las austeras ideas que el cristianismo enseña al hombre. Ambas influencias juntas ha experimentado Shakspeare; pero cediendo de grado á la primera, la del clima, y aun haciendo mas enérgico y poderoso su efecto sobre el alma de sus compatriotas, ha alterado y pervertido la segunda, esto es, la del cristianismo.

Explicaremos lijaramente estos diversos efectos.

Haciendo Montesquieu la observación de que en Inglaterra son los suicidios mas frecuentes que en otras partes, saca en consecuencia que debe atribuirse al clima de aquellas islas. Pero tal vez Shakspeare influye, como poeta favorito, en este disgusto contagioso de la vida y en esta facilidad de despojarse de ella, habiendo reforzado el influjo del clima con el influjo de su poesía. El es quien ha familiarizado á sus compatriotas en la idea de la muerte; él es quien la

10 CUARTOS. NÚMERO 19. OVIDIO 9 libro de 1827. =2=
ha puesto en escena; mezclándola osadamente con los sentimientos que le son más opuestos. Mientras Julieta y Romeo no salieron del círculo de la poesía italiana, no han llegado á sentir las sombrías y vagas aberraciones de la fantasía que hoy son un rasgo obligado de su carácter. Luigi da Porto, primer narrador de esta interesante historia, está bien lejos de dar semejante carácter á sus dos héroes. Cuando Lorenzo propone á Julieta que tome el narcótico para fingirse muerta y ser trasladada al panteón de la familia, «no tendrás miedo, la dice, cuando te veas cerca de tu difunto primo Tebaldo á quien enterramos hace poco tiempo?»—«Oh! responde Julieta, yo pasaría por medio del fuego del infierno por volver á encontrar á Romeo.» Estos son verdaderos amantes italianos, que cuando aman solo en su amor piensan; que no temen volver á reunirse sea donde quiera; que solo ven su amor aun en medio de sepulcros y de espectros. El Romeo italiano en el panteón de los Capuletos no se fija en esos atractivos de la muerte del poeta inglés; ni siquiera nota que Julia, aunque muerta, todavía está hermosa; la idea de la muerte de su amada no le deja ver cosa alguna. ¡Amable debilidad ó pudor del cariño que se detiene ante la muerte y solamente da oídos al sentimiento del inmenso valor por el objeto perdido! «He aquí, dice el Romeo italiano, he aquí esos ojos tan dulces de ver en otro tiempo, esa boca de dulces palabras, ese corazón cuyos latidos conté mi mano tantas veces! todo eso helado por el frío de la muerte! y yo... yo vivo todavía!» Dolor natural y sencillo sin ese sabor de melancolía que es el género de tristeza mejor espresado por el genio del Norte.

Hay aquí por consiguiente un contraste notable y característico. El Romeo inglés dirige todos sus pensamientos á cadáver que tiene delante, á Julieta tal como se complace en contemplarla en su sepulcro; esto es, hermosa siempre aunque difunta; mientras el Romeo italiano piensa en su Julia tal como era cuando vivía, esto es, bella y enamorada; teniendo por consiguiente cada uno de estos Romeos los pensamientos

del clima bajo el cual han sido engendrados por el genio. En el Mediodía la vida y la belleza son cosas sagradas que el poeta teme contaminar con la idea de la muerte; en el Norte el poeta invoca esta idea como para sentir mejor por medio del contraste el encanto de la vida y la belleza. En Verona, cuando Julieta desesperada por el destierro de Romeo pide á Lorenzo un veneno: «No haré tal, dice el anciano; sería una horrible desgracia ver morir á una criatura tan hermosa y tan joven como tú!» Respuesta que en boca de un anciano se reviste de un encanto particular, y que respira ese respeto hácia la hermosura y la vida como uno de los rasgos peculiares de la poesía meridional. Al revés, en Londres cuando Romeo quiere comprar un tósigo y matarse, Shakspeare se detiene con cierta complacencia en los pormenores de aquel farmacéutico que vende la muerte por pobreza, de aquella botica que traspira crímenes y magia, de aquel veneno, en fin que *mataría á un hombre fácilmente aunque tuviera la vida de veinte hombres*, desliendo todas estas ideas sombrías y repugnantes que agradan á su genio y al de sus compatriotas.

Tal es en Shakspeare la influencia del clima en su poesía. Veámos ahora la otra influencia de que hemos hablado, la influencia del cristianismo, y observaremos cómo el poeta ha alterado también este elemento poético.

(Se continuará.)

CREENCIAS POPULARES DE ASTURIAS.

ARTICULO II.

Las lavanderas.

Es una noche borrascosa; el trueno retumbando por el espacio va á perderse en lontananza; el huracán troncha las delicadas flores y abate la verde y copuda frente de los robustos álamos. Negras y espesas nubes cubren la plateada faz de la luna; la densa oscuridad reina por el orbe.

A la cárdena luz de los relámpagos se divisa á lo lejos, como el genio de la tempestad, un caballero montado sobre un brioso alazan. Sus largas crines azotan el rostro del caballero y sus cascos menudean los golpes con tal ligereza que parece un solo sonido prolongado.

Y en su vertiginosa carrera traspasa los mon-

tes y los ríos, y corre, corre tan veloz, que las casas, los árboles, los valles le parecen al agitado caballero pequeños puntos negros en medio de la inmensidad. El caballo arroja de su boca hirviente y blanca espuma, y sus ojos centellantes parecen despedir espesas llamaradas.

Y nada puede acortar tan veloz carrera; y tan pronto se le mira en medio de la llanura, como se le ve en la cima de una montaña, y en tanto el huracan brama con tal ira que pugna al parecer por alcanzarle.

Y el caballero aferrándose á las crines de su caballo tiende en derredor de sí una mirada de espanto.

De repente un hondo precipicio se abre bajo sus pies, y todos los esfuerzos humanos no bastarán para contener el impetu de esta carrera; el caballero lleno de terror clava los acicates en el vientre del animal; este hace un esfuerzo, y con las narices abiertas y humeantes y su cuello estendido se arroja en el precipicio!... Relincha dolorosamente y los bramidos del viento apagan su último quegido. El ginete se estrella contra las picudas rocas y los dos ruedan al fondo del abismo. Un lago cuyas aguas corrompidas exhalan fétidos olores, les presta su negro fondo por sepultura.

El eco repite hasta extinguirse el ruido de su caída.

¿Qué genio animaría al fogoso bruto que sin reparar en nada en vez de caer rendido por el cansancio, acrece mas y mas la fuerza de su carrera?

—¡Las LAVANDERAS!

¿Y quiénes, preguntarán nuestros lectores, son esos seres misteriosos y crueles que tal influencia ejercen?

—Son unas viejas vestidas con amarillo ropaje de rostros enjutos y arrugados y cabellera mas blanca que la nieve. Su voz es lúgubre, semejante al canto del fatidico buho, y sus ojos despiden con sus miradas un brillo sombrío y aterrador.

No solo existen en nuestra Asturias, sino que tambien se las encuentra en los verdes y poblados bosques de la Bretaña; y tanto en una parte como en otra habitan en los huecos de las corpulentas encinas.

Cuando los ríos se desbordan, anegando los deliciosos valles y arrastrando en su rápida corriente los puentes, los árboles y las casas, se las mira columpiarse muellemente encima de las olas espumosas, ondeando al aire sus blanquecinos lienzos y chocando sus resonantes palas contra los árboles ó rocas inmediatas.

Las lavanderas aunque tienen algunos rasgos de ferocidad, no por eso dejan de ser benéficas y humanas; miradlas sino cuando los incendios suceden en algun desmantelado castillo, ó en alguna pobre aldehueta, sofocando sus horrores con sus palas concavas y llenas de agua, y penetran-

do por las llamas arrancar al voraz elemento los débiles niños indefensos y los pobres ancianos paralíticos.

Sin embargo cuando alguno las llega á ver, excitado por la curiosidad, las lavanderas en pago de ella le dan la muerte mas horrorosa, sirva de ejemplo el ginete cuyo fin trágico acabamos de describir.

En una noche oscura y lluviosa, este caballero jóven y elegante llegó á un pequeño pueblo de Asturias situado en la falda de una hermosa colina. Entró en una de las mejores casas de aquel pueblo, y en ella alrededor de una rogiza fogata se hallaban conversando algunos habitantes de él. Amables y hospitalarios le ofrecieron un asiento que con grande placer aceptó el caballero.

Un anciano de blanca cabellera contaba mil casos que habian sucedido con las lavanderas en distintos sitios y en diferentes lugares. Los aldeanos escuchaban atemorizados en tanto que el fuerte vendabal batia la orgullosa frente de los altos pinos que crecian al pie de la cabaña.

El caballero le escuchaba tambien con atencion; pero en lugar del terror, una desdeñosa sonrisa se dibujaba en sus labios. Cuando el anciano calló, todos guardaron un profundo silencio; el forastero le interrumpió diciendo.—Y vos creis eso? —Y por qué no! si es la pura verdad.—La pura verdad! vaya mañana os sacaré de vuestro engaño.—Imposible! cómo? replicó uno de ellos.—En qué parte, repuso el caballero, se esconden vuestras lavanderas?—Las buscareis acaso con el solo objeto de desengañaros de lo que os he contado? le dijo el venerable anciano. ¡Oh! no hagais tal cosa repuso despues de unos instantes, creedme, os lo suplico; no lo hagais.

Por mas que trataron de disuadirle de su intento, les fue imposible; á la noche siguiente sobre su brioso alazan, solo, se dirigió á un monte espeso en donde le digeron habitaban estos seres.

Pronto escuchó el ruido extraño que producen las palas al azotar los largos lienzos que lavan; cada vez le oia mas cercano, y su caballo se negaba á continuar su marcha; caminaba á la orilla de un riachuelo cuando á la vuelta de un recodo se encontró frente á frente con las lavanderas, que al verle suspendieron su trabajo. Todas le rodearon. El color de su amarillo ropaje, su lúgubre voz, el brillo aterrador de sus ojos, todo ello fascinó al atrevido caballero... Las lavanderas alzaron sus palas concavas hácia el cielo, y luego señalaron con ellas los cascos del caballo. El animal como impelido por una fuerza irresistible se lanzó á la carrera, y avanzaba, avanzaba al escape con una velocidad inesplicable como ya han visto al principio de este artículo nuestros lectores.

Todo por el contrario sucede á los que encuentran por casualidad á estos misteriosos seres; ningun daño reciben de ellas, antes bien algunos

han hecho su suerte con estos encuentros: casos sucedidos quisiéramos presentar tambien, mas nos detiene el temor de alargar demasiado este artículo y de ocupar por demasiado tiempo la atención de nuestros lectores.

Las *lavanderas* pasan todo el dia encerradas en los gruesos árboles que el tiempo ha corroido; por la noche salen armadas de sus palas á lavar sus hermosos lienzos. Las *lavanderas*, como hemos visto, son terribles y benéficas á la par.

Su poder es muy grande, y sin embargo las *xanas* (1) jóvenes hermosas y débiles al parecer, tienen cierto dominio sobre ellas.

A las orillas del *Sella* hay una anchurosa gruta, por medio de ella pasa un límpido arroyuelo y en ella se dice que habia varias *xanas*. Vense allí cuatro mugeres de piedra en aptitud de lavar, y se cuenta que entrando cuatro *lavanderas* á quitar sus madejas á las *xanas*, estas las convirtieron en piedras.

Nadie hasta ahora sabe el objeto con que se ocupan las *lavanderas* todas las noches, en blanquear mas y mas sus delgados lienzos; y se ignora asimismo de donde forman su amarillo ropaje. No falta quien diga que aquellos con el tiempo toman este color, mas esta esplicacion es muy aventurada y nada se sabe de cierto, como se ignora tambien de dónde las *xanas* sacan la transparente gasa que cubre sus delicadas formas.

T. C. Agüero.

MAESE BLOCK.

POR

MUSÆUS

CUENTO TRADUCIDO POR

DON JOAQUIN COELLO.

V.

Un novio.—El regreso.

Cerca de un mes despues de esta huida misteriosa que habia hecho llorar á la amable Lucía, una tarde llamaron á la puerta del almacen de harina. Abrió Mad. Block y vió á un bello joven vestido como un elegante caballero, que le preguntó respetosamente por su salud, sin olvidarse de la señorita Lucía. La almacenista de harinas dudó fuese á ella á quien buscaba; sin embargo, le invitó á sentarse y le rogó dijera lo que deseaba. El respondió con un aire singular que traía obra para la hábil bordadora, cuya fama habia corrido por toda la Alemania. Mad. Block llamó á su hija, que dejando á un lado su labor se apresuró á acercarse: pero al ver al joven se ruborizó y bajó los ojos. El caballero la tomó una mano que

quiso retener, y la miró con ternura, lo que aumentó su turbacion. Iba él á tomar la palabra, cuando ella se anticipó y dijo: ¡Ah! Fridolin, de dónde venis? yo os creia á cien leguas de aqui; si conoecis misintenciones, ¿por qué venis á atormentarme?

—Querida Lucía, dijo el joven, mi suerte ha cambiado: ya no es el pobre Kuntz quien está delante de vos, no, ha muerto uno de mis parientes y me ha dejado toda su fortuna, y puedo desde ahora aspirar á vuestra mano. Los ojos de Lucía se levantaron con sorpresa; su pequeña y bonita boca se dilató con una dulce sonrisa; tendió una mirada á su madre que estaba muda de sorpresa y procuraba adivinar quién sería aquel joven. Dónde ha visto á mi hijo? se preguntó, cómo se conocen? Y comenzó á hacer la buena, pero tardía, reflexion, de que hubiera hecho mejor con maltratar menos á su marido, y cuidar con mas atención de su hija. Antes de que hubiese vuelto de su distraccion, el novio improvisado, añadió á su discurso una elecuenta peroracion, colocando sobre la mesa muchas columnas de bellas piezas de oro. Al instarse Fridolin hizo su demanda, la madre dió su consentimiento y el oro fue contado. Esto parecia un motivo de admiracion y hasta la misma Lucía estaba algo inquieta, pero algunas palabras murmuradas dulcemente á su oido por el dichoso Fridolin, bien pronto borraron de su frente esta ligera nube. Su madre que conocía su escrúpulo de honestidad, no procuró penetrar el secreto. Tal fortuna no podia tener su origen sospechoso, pues consentia en dividirla. Los dias siguientes hubo mucho movimiento en la casa: la nueva del matrimonio de Lucía corrió de boca en boca por la ciudad. En todas las calles por donde pasaba el elegante novio se veia abrir las puertas y ventanas. Ya le he visto, ya le he visto! se decia con aire de triunfo en las reuniones. Es muy alto, decian unos. Muy rubio decian otros. Es muy orgulloso con su trage y su riqueza, exclamaban los otros. Algunos, sin embargo, le defendian y consideraban á Lucía muy dichosa. Pero, ¿de dónde le venia esta fortuna tan extraordinaria? Todo era conjeturas y comentarios, y creció la admiracion, cuando un dia vieron á un carretero de Nuremberg, detenerse á algunos pasos de la casa de Block, con un carro cargado, de que hizo sacar un gran número de maletas y cajas de todos tamaños. Mad. Block se apresuro á esgrimir el martillo y el escoplo para hacer volar los clavos que sujetaban las tapas de los cofres. Con grande sorpresa vieron los vecinos, sacar muebles nuevos, catres esculpidos, una pequeña cuna con bonitas esculturas, en fin todas las cosas propias para el uso de una familia rica. Los espectadores de esta novedad quedaron como petrificados: se olvidaron de coger agua de la fuente y hasta los mismos obreros permanecieron inmóviles al oír el toque de campanas que les llamaba á su trabajo. El

(1) Véase el art. 1.º núm. 1.º

dia de la boda fue fijado y Mad. Block invitó generosamente á su asistencia á la mitad de la villa. Como su casa era pequeña para contener á todos los convidados, decidieron se celebrase el festin en la posada del Carnero de oro. Lucia era dichosa, mas suspiraba de cuando en cuando. «Ah! decia ciñendo á su frente su corona de desposada, si mi padre me condujera al altar nada faltaria á mi felicidad: acaso él sufre hambre y sed mientras nosotros estamos en la alegría y en la abundancia! A este pensamiento se comprimó su corazón y comenzó á llorar, y no se admiró poco de oír decir á su madre «¡cuanto quisiera que volviese mi marido! desde que ha partido parece que me falta alguna cosa.» Y era la verdad, pues la faltaban ocasiones de camorra y querella. Su cólera estaba encerrada en sí misma, como los vientos impacientes en la caberna de Eolo. Estaba destinada á ver condenados en una prision eterna sus gritos y sus furores? Mas, ¡oh sorpresa! la vispera del matrimonio apareció delante de Rottemberg un hombre pequeño y grueso que traía rodando un carretoncillo. Pagó á la puerta los derechos de entrada por un barril de clavos de que enseñó la muestra al visitador, despues puso su carga delante de la casa de la novia y llamó á la puerta. Abrió Lucia, reconoció á su padre, y lanzándose á su encuentro le abrazó. Mad. Block tendió la mano á su marido y le dijo: «Vamos, viejo borracho, espero que desde ahora te portarás mejor.» Fridolin le cumplimentó á su turno; Maese Block observaba atentamente al jóven y sentia poca inclinacion hácia él: pero cuando su hija le contó lo que habia pasado cambió de parecer, y dió muestras de amistad y confianza á su futuro yerno, de suerte que no tardaron mucho en juntarse tanto como si hiciere mucho tiempo que se conocian. Despues que M. Block le hubo servido una corta colacion le invitó á que contase sus aventuras. «Bendita sea Rottemberg, dijo, aunque no me haya enriquecido.» He recorrido una porcion de comarcas y desempeñado un gran número de oficios y he ganado este barril de clavos que quiero dar en dote á nuestros jóvenes esposos. A estas palabras todos los vientos salieron de la caberna de Eolo, y Mad. Block dió rienda suelta á la tormenta de maldiciones que por tanto tiempo habia contenido: sus puños querian ponerse de su parte, mas Fridolin hizo con su cuerpo una muralla al pobre hombre y apaciguó á la furia. Al dia siguiente se celebró el matrimonio. Maese Block vestia un trage de terciopelo nuevo; parecia un magistrdo. Fridolin habia obtenido el derecho de ciudadanía: compró una casa nueva y un bonito jardín fuera de la ciudad. Se creia en toda la ciudad que Maese Pedro vivia á espensas de su yerno.

(Se continuará.)

ILUSIONES.

— — — — —

•Dicha, felicidad; ¡ay! son palabras
•Que sólo en el delirio se pronuncian;
•Fantasma vago que se vé á lo lejos
•Envuelto en misteriosas vestiduras,
•Fuego fátuo que siempre en lontananza
•Brilla fugaz entre la densa bruma,
•Y que los ojos débiles del hombre
•Quizá un instante rápido deslumbra.

MIGUEL MENENDEZ ARANGO.

Tu vas del prado en la rosada alfombra
Hada gentil volando entre las flores
Del aureo coro que su dios te nombra
Envuelta entre los fúlgidos vapores;
Tu vas del prado en la pardusca sombra
Proyectando dó quier grupos de amores,
Elevando tu vuelo turbulento
Hasta el inmenso azul del firmamento.

Y allí de blanca nube revestida
Del rayo del cenit la sien orlada,
Magnífica aureola suspendida
Prestando nuevas tintas á la vida
É ilusiones al alma enamorada,
Un porvenir nos muestras venturoso,
Y vida anhela el corazón ansioso.

Y á través de la noche silenciosa
Símbolo del placer, aérea sirena,
Sobre el lecho te inclinas cariñosa,
Del infeliz que muerde su cadena;
Una vida le ofreces, libre, hermosa,
Dejas el alma de entusiasmo llena,
Mas ¡ay! que al despertar volar ansía
Y el hierro siente que su mano enfria.

¡Ay! cuantas veces en la noche umbría,
Del insomnio la mente fatigada,
Mi cansada pupila se entreabria
Y á tu mar bouancible se lanzaba!
Entonces el pesar se adormecia
Y en nuevas ilusiones me gozaba,
Porque es dulce soñar cuando soñamos
Que auroras de ventura vislumbramos.

Otros cual yo te vieron y te amaron,
Sus brazos hácia tí, cual yo, tendieron,
Y las dichas que un tiempo imaginaron
Volar contigo en el espacio vieron:
En sangre sus pupilas reventaron,
Sus propias manos con furor mordieron,
Y el amor maldigieron y la vida;
Que es un tormento la ilusion perdida!

¡Dicha! ¡felicidad! jóven un dia
Yo felice tambien me contemplaba,
Que es el amor la fuente de alegría
Y su fuego en mi pecho se anidaba;
Hoy con el alma desgarrada y fria
Soñé aun con la luz que me halagaba,
Y en mis dulces ensueños embebido
Dulces querellas escuché dormido.

Y ciego de amores
En lecho de flores,
Alzarse veía
De mí en derredor
Hermosa figura
De virgen amante

Palpitante
Revestida
De radiante
Resplandor.

Graciosa entreabrió
La límpida boca,
de amores libando
La férvida copa
Con aurea sonrisa
De gracia infantil.
Los labios delgados
Candentes, bañados
De aroma sutil.

Su cuello do el cisne
La nieve bebió,
Enhiesto se alzaba,
Cual noble palmera
Que el aura primera
Del mundo meció.

¡Ay! era una ilusión; súbito el trueno,
Vino mi sueño á perturbar impío
Elvira! exclamó de entusiasmo lleno,
Ya zumba el huracán en torno mío,
Cual hiende con furor el prado ameno
Nube horrosa que abortó el estío,
Alzando en torbellino arrebatadas
Hasta el cenit las flores deshojadas.

¿Dó estaba entonces de mi amor primero
La solitaria flor? donde mi Elvira
Bello jazmín, magnífico lucero
Que del amante sol en torno gira;
Arroyo que en el prado va ligero,
Y entre flores purísimas respira,
Hundió sus cintas de cristal y plata
De la tumba en la inmesa catarata.

Sigue su curso el sol, con blanda lumbre
Gira la luna por el ancho espacio,
Matizando la gótica techumbre
De algun antiguo colosal palacio,
Mintiendo en la esculpida muchedumbre
Bocas de fuego, rosas de topacio,
Dulce cual si de Elvira palpitante
Latir oyera el corazón amante.

Adios visiones que de amor al fuego
Cruzasteis en redor voluptuosas;
Blandas canciones y cual tierno ruego
En mi oído vibraistes cariñosas;
No mas en brazos del placer me entrego;
Adios horas de amor, lechos de rosas,
Ya de la vida la mentida llama
Se aleja en tenebroso panorama.

¡Dicha, felicidad, ¡ay! son palabras
Que solo en el delirio se pronuncian,
Fantasma vago que se ve á lo lejos
Envuelto en misteriosas vestiduras,
Fuego fátuo que siempre en lontananza
Brilla fugaz entre la densa bruma,
Y que los ojos débiles del hombre
Quizá un instante rápido deslumbra.

Robustiana Armiño.

A UNA MARIPOSA.

Acércate á mi ventana
mariposa voladora
y no rondes mas ufana
esa flor que tan galana
hace el sol que la colora

No te engañe, mariposa,
ese semblante sereno
que puede abrigar, hermosa
en lugar de miel la rosa
un mortífero veneno.

Ni te fies del encanto
que producen sus colores
ni te arrimes á ella tanto
que como en la dicha hay llanto
hay espinas en las flores.

Y así como el oropel
engaña al hombre en el mundo
y suele tener tras él
que apurar la amarga hiel
de un sentimiento profundo:

Así tu de flor en flor
volando precipitada,
creyendo libar su amor
solo hallarás el dolor
en vez de la miel soñada.

S. B.

¡AMA! (1)

A mi querido tío D. Pedro Ruiz

La noche espira; en el oriente ape
La aurora purpurina ríe,
Que del espacio en la región seren
Su fúlgido carmín deslíe.
Tibios los astros de la esfera caen
Heridos por sus leves ráyos
Que á nuestros ojos soñolientos traen
Figuras y colores gáyos.
Cual la corola de azucena pura,
Al sésgo resplandór despliega
Su vario seno productor natura,
Y el éter dé armonía riéga.

¡O que fragancia en derredor se eleva,
Cual humo de sagrado inciénso,
Que los sentidos y la mente lleva
De amor hacia el Edem inménso!

Hórridos sueños que con rostro lacio
Cercábais mi cabeza inquieta...

¡Dejad que surque este halagüeno espacio
El alma del feliz poeta!

¡Cuánta hermosura desde aquí contemplo
Cubiérta de argentina gása!

¡Este es de amor el vaporoso templo
Do el tierno corazón se abrása!

Amor! la abeja susurrando gira
En torno del cerézo oliénse

Que retratado en el cristál se mira
De límpida y bullidóra fuénse.

Amor responde el colorín cantando

(1) Los versos pares de esta composición son de una estructura particular no conocida hasta ahora, que yo sepa. Por esta circunstancia espero que mis lectores disculpen los defectos que notaren, inherentes á semejante ensayo.

En médio de azahár süave...
 Amor! repite de placér temblando
 El éco en la florésta gráve;
 Mientra en el prado que Favonio riza
 Se espónjan las dorádas flóres
 Guyo suspiro al corazóu hechiza
 Lijéro murmurándo amóres.
 Este es el cielo del amór... Do quiera
 Se escúchan su apacible nómbre
 Que difundido por la vasta esfera
 Inúnda de alborózo el hómbré!
 Virgen aérea que de amor henchida
 En torno de mi lira flótas...
 Ensueño puro de mi triste vida
 Que el dárdo del dolor embótas...
 Déjate ver y que en tu blanco seno
 Mi férvido entusiásmo anide...
 Y en tanto el mundo entre su hedióndo cieno
 Mis glórias... ¡miseráble! olvidé!
 ¿De dó saldrá ese misterioso acento
 Que así mi corazón espácia,
 Como el frescór de regalado viento
 Las flóres de amarilla acácia?
 ¡Oh! voz divina que mi pecho inflama
 Y dentro de mi ser retumba,
 Ama! diciéndome incesante ama!
 ¡Del vate es el amor la tumba!

Gumersindo Laverde Ruiz.

MOSAICO.

Cartas originales. Lo son en efecto las dos que vamos á copiar. La primera ha sido dirigida al emperador de los franceses; la segunda que viene á ser un comentario y una confirmacion de la primera, fue enviada por su autor á la *Independencia Belga*. La primera dice así:

«Señor: Yo me llamo V. H. y era representante del pueblo el 2 de diciembre de 1851. Nunca he sido partidario vuestro ni me he adherido á vuestro gobierno. Os escribo en la confianza de que leeréis mi carta de la cruz á la fecha. Yo no os pido destinos, ni cruces, ni dinero, ni otro favor alguno. Supongo que ya habeis oido hablar de las mesas giratorias. Pues bien; habeis de saber que yo he llevado á sus últimos limites este fenómeno extraño; y el movimiento de la mesa se ha convertido en una voz nada menos; esta voz me ha dictado un libro entero, y me ha mandado intitularle: *Salvemos al género humano*. Dos motivos tengo para dirigirme á vos: 1.º Pediros permiso para publicar este libro sin entorpecimiento ni previa censura, pues lo que Mr. Proudhon ha hecho por sí mismo, yo lo he ejecutado por inspiracion de Dios. 2.º Que Dios se ha dignado operar un trastorno general en mis ideas y juicios políticos, que mi libro ataca los fundamentos de la democracia, y que, no obstante la viva epulsion de mi naturaleza, defiende la causa del

poder en general y de la autoridad; teniendo órden espresa de deciros personalmente que estais encargado de una mision providencial. Nada hay aqui de miras interesadas. No os pido sino permiso para imprimir mi libro y que despues ya no volvais á acordaros de mi. Por lo demas dos cosas hay que os convencerán de que no estoy loco: 1.º Los fenómenos sobrenaturales, hoy multiplicados por todas partes: 2.º La lectura del libro. Ignoro las fórmulas de la etiqueta, y os pido por último favor la gracia, quizás contraria á todos los usos de la corte, de permitirme concluir á secas esta carta poniendo mi nombre solamente.—V. H.

Veáse la otra carta.

«Señor redactor: Habeis dicho en vuestro periódico del 10 del actual que un montañés desterrado habia dirigido al emperador una carta relativa á las mesas giratorias. Este montañés, pero no desterrado, soy yo. Es verdad que al principio de mis comunicaciones con el otro mundo me he valido de mesas y sombreros, pero ya ha tiempo que he abandonado estos procedimientos vulgares. Ahora mi mano colocada sobre el papel se mueve por sí sola y contesta con la pluma á todas mis preguntas. Una voz resuena en mis oidos. Esta voz es la de *el alma de la tierra*. Ella es quien me ha dictado, casi toda de noche, una obra que hemos redactado entre los dos; obra que contiene una moral tan severa como sorprendente aun para mi mismo. De repente me he visto iniciado en los secretos de la organizacion general del universo, de la vida de las almas, de la astronomia (ciencia de que yo no sabia una palabra) de cuyas cosas todas no puedo sino dar un pequeño destello en una publicacion llamada *«Salvemos al género humano.»* Este es el titulo que *el alma de la tierra* me ha mandado dar á mi obra. Es cierto que he escrito al emperador de los franceses, pero ha sido principalmente para que se digne no oponer obstáculos á la publicacion de mi libro. Este paso tan contrario á mis antecedentes políticos, lo he dado sin embargo en obsequio de unas verdades de que no soy sino un intermediario; pero me consuelo pensando que lo he dado sin libertad y sin ninguna mira interesada. Espero tendreis la bondad señor redactor etc.—*Victor Hennequin*, antiguo representante de Saona y Loira.

—Se atribuye á Mr. Menigault, farmacéutico de Agen (Lot y Garona) la invencion de un medio de conservar la harina perpétuamente y de purgar los granos averiados de los insectos que los devoran. Ya bajo el reinado de Luis Felipe habia propuesto al gobierno su proyecto, pero fué tenido por loco: y únicamente consiguió que el consejo general de Lot y garona sometiese su sistema al exámen de una junta de agrónomos y agricultores. En este estado, ocurrió la revolucion de 1848 en la que fué desterrado por su republicanismo exaltado. Catorce meses despues fué lla-

mado á Paris por Napoleon: pero á pesar de su proteccion el negocio se dilató, tanto que agotados los escasos recursos de Mr. Menigault volvió á Agen, despreciando las proposiciones que de otras partes le ofrecian. Pero ya el *Siglo y el Monitor agricola* se habian ocupado de él, y el emperador volvió á llamarle á Paris por el telégrafo eléctrico. El ministerio de agricultura y comercio nombró ya una comision de químicos y agrónomos que celebrará sus sesiones en el antiguo local del Instituto agricola de Versailles: ademasse asignó á Mr. Menigault la indemnizacion de 300 francos mensuales por el tiempo que duren las esperiencias para las cuales bastarán algunas semanas.

—En América se ha inventado un nuevo sistema de habitacion para los operarios de los ferrocarriles. Los trabajadores habitan unos wagones contruidos apropósito para servir de vivienda, esto es, con su cocina, despensa, camas, etc. Conforme van sentando los rails la habitacion avanza tambien, y de este modo los trabajadores se hallan siempre al pie de la obra. Uno de los wagones sirve de establo para las vacas que suministran la leche y la carne; alli se recogen por la noche y tambien cuando hay que trasladarse mas adelante; entretanto, de dia pacen en las inmediaciones del camino.

—Un diario de Paris ha publicado un *prefacio* de Victor Hugo, en el que celebra el camino inmenso que Murat ha recorrido haciéndose rey desde mozo de cuadra, y se felicita de haberle recorrido el mayor convirtiéndose de realista en montañés, Murat, dice, podria enseñar su látigo junto á su cetro; yo puedo colocar con orgullo las odas realistas de mi adolescencia junto á las obras de mi edad madura.»

Prescindiendo del poeta, es necesario convenir en que la necesidad de la antitesis le hizo forzar la historia. Murat era hijo de un posadero; como otros muchos de su clase fue destinado al estado eclesiástico, y concluyó sus estudios clásicos en un seminario antes que el llamamiento de la revolucion y de la práctica le llevase á los campos de batalla.

Murat era muy instruido, y sobre todo buen latino; durante las guerras en que tomó una parte tan activa llevaba en su porta-capa un Virgilio y un Horacio que leia con frecuencia. Era aficionado á hacer versos y lo conseguia con facilidad, en su agradable conversacion hacia frecuentemente, y con la mayor naturalidad citas-clásicas. Asi lo asegura el corresponsal de la *Independencia belga* en Paris, que á su vez lo oyó al mariscal Exelmans, ayudante de campo del general Murat, y su gran escudero cuando fue rey de Nápoles.

—*Aun mas memorias.* Ya no se trata solamente de las de Alejandro Dumas, de Jorge Sand, ó

de Mr. de Villemain. Se habla tambien de una especie de confesion, compuesta y firmada por Mr. de Lamennais. Sabido es que desde el 2 de diciembre el célebre heresiarca, se habia retirado del mundo político, y vivia como un cenobita, ocupando sus ócios en una magnífica traduccion de la *Divina comedia* del Dante; pero ahora vuelve á dar señales de vida con la publicacion de un libro puramente religioso y filosófico: la obra versará sobre los 18 años del último reinado; pero en realidad tratará principalmente de la actitud del clero en Francia desde el año 1800 hasta nuestros dias.

—En todas las paredes de Paris se han colocado carteles anunciando la venta de la residencia de Monte-cristo, propiedad del autor de la novela que lleva este nombre.

Se halla edificada en la márgen del Sena, y sus bellezas están poéticamente descritas en el anuncio. Se dice que un *diezmillonario* tiene el proyecto de adquirir esta encantadora posesion dejándola en seguida á disposicion de las cuatro asociaciones de poetas, músicos, pintores y escultores, y cómicos; pero nadie quiere creer en los banqueros-Mecenas, á pesar del testamento hecho á favor de las cuatro asociaciones por el baron de Tremnot en el año pasado.

—El emperador de Austria ha recibido ya solemnemente en el castillo de sus padres la corona de S. Esteban, de que ya hemos hablado, y que la revolucion habia ocultado durante cuatro años.

—Por fin ya sabemos á que atenernos sobre el proyecto de participacion de la literatura en la esposicion científica que se verificara en Paris en 1855. Todo se reduce á que una comision nombre cien literatos *franceses* que irán á recibir sus inspiraciones en los objetos de la esposicion, publicándose sus composiciones en un volumen de 1000 páginas (diez para cada uno) del tamaño de las de un periódico, esta publicacion será el *non plus ultra* del lujo tipográfico.

Carácteres y máximas de Eugenio Cordiér

—El carácter de los hombres hace muchas veces traicion á su talento.

—El hombre intrépido que ha escogido su camino y encuentra un precipicio, no retrocede por tan poca cosa. Lánzase con brio, y al verle así, decimos: «¡Pereció!» Mas he aquí que la fortuna le pone alas en los pies, le transporta á la opuesta orilla, y el temor se convierte en aplausos.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.

En Ultramar por tres meses 2 ps. fs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

DIRECTOR, D. JOSÉ PUENTE Y VILLANUA.
Imp. y lit de Brid, Regadera y Comp., San Francisco